

» mejillas. Así, la sangre no tiene en arterias y venas el curso  
 » igual que extiende la fuerza y la vida por todos los miem-  
 » bros del cuerpo, y el vigor muscular se abate y debilita.  
 » De aquí es ser la pereza inherente á los moradores de estos  
 » climas. El cuerpo enervado sólo desea el reposo y los pla-  
 » ceros. Es preciso estímulos muy fuertes para sacarlo de su  
 » apatía, y aunque la juventud fogosa y agitada supere esta  
 » fatal inclinación al ocio, pasados los primeros ímpetus de  
 » los años florecientes, se adelanta por lo común la edad  
 » que llaman de la prudencia, que es la de no hacer nada» (4).  
 Las fuerzas intelectuales del país, eran empero vigorosas,  
 animadas por la imaginación, en razón misma de la debilidad  
 nerviosa predominante por la influencia del clima (5). Los  
 peruanos, eran por naturaleza ingeniosos; cultivaban las  
 ciencias y las artes; tenían una literatura propia y contaban  
 con hombres inteligentes é ilustrados que habían llamado la  
 atención del mundo (6). Su Universidad era tan famosa como  
 la de Salamanca en España. Las ciencias naturales y mate-  
 máticas se cultivaban en ella. Tenía su escuela de medicina, y

(4) Unanue: « Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, especialmente sobre el hombre », p. 81-82, (edic. de 1815.) El autor apoya esta teoría en una opinión de Humboldt, y la ilustra con una cita del Tasso: « El ilustre Humboldt me confirmó » en la opinión, de que aun nuestros animales domésticos, como el » perro, eran de condición más tratable, ó ya sea más poltrones que los » de Europa:

« La terra molle é lieta é diletta  
 » Símilí á sé gli abitator produce. »

(5) Unanue: « Observaciones », etc. p. 101.

(6) En 1797, fueron tomados por un corsario inglés 16 números del « Mercurio Peruano », primer periódico científico y literario publicado en América. Su contenido llamó tanto la atención de la Europa, que al ser traducido al inglés, se pensó fuese un producto de la imaginación del editor, pues no se creía posible que en una colonia sud-americana pudiese existir un caudal tan rico de ciencia y observación original, siendo después vertido al francés y al alemán en varias ediciones.

sus médicos eran tan acreditados en América como los Montpellier en Europa.

Esta región así poblada y esta sociabilidad así constituida bajo sus dobles influencias enervantes, fué empero, el centro y el nervio de la reacción realista, á punto de llegar á casi dominar la revolución sud-americana por algún tiempo, y prolongar la lucha por el espacio de quince años. Por eso el Perú era el *delenda Cartago* de San Martín, y por eso hacia él convergían los ejércitos americanos del sud y del norte en 1820.

## II

Si el Perú se hubiese insurreccionado en 1810, como lo hicieron todas las colonias hispano-americanas casi simultáneamente, la causa de su independencia habría triunfado en su primer campaña, al menos en el sud, y al acelerar la emancipación del norte, ahorrádole inmensos esfuerzos y tiempo. Fué por el contrario el centro de la reacción, y esto bastó para paralizarla en un principio, contrarrestarla después, y prolongar últimamente la lucha por el espacio de quince años, haciendo de su territorio el último baluarte del poder colonial en Sud-América. Varias causas contribuyeron á imponerle fatalmente este papel, en que intervinieron las influencias políticas y naturales, y que explican las circunstancias combinadas con las tendencias de su sociabilidad.

No es que el Perú estuviese menos predispuesto á la revolución que las demás secciones sud-americanas, pues existían allí las mismas causas que debían producir los mismos efectos. Un viajero inglés, testigo presencial de la revolución de Quito en 1809, el que recorría por aquel tiempo el Perú,

(1811-1812) dice : « Á mi llegada á Lima, encontré el mismo » espíritu revolucionario diseminado en los criollos de todas » las clases, con excepción de un corto número de empleados » lucrados del gobierno. Los habitantes deseaban, con no » menos ardor tal vez que las demás secciones de América, » un cambio en la forma de gobierno ; y por no haberlo » establecido, se les ha considerado por muchos culpables » de indolencia y pusilanimidad, cargando con esta falta sin » haberla merecido. Cuando un pueblo se halla bajo la in- » fluencia de la fuerza, tanto los habitantes como los solda- » dos deben someterse á la voluntad del que manda. Tal era » el estado de Lima » (7).

Al tiempo de estallar la revolución, el Perú contaba con una población de más de un millón y medio de habitantes, mucho mayor que la de las Provincias Unidas y de Chile juntas, y si se agrega el Alto Perú dominado por sus armas desde 1815, puede computarse en cerca de dos millones. Pero era una población heterogénea, de que los indígenas formaban más de la mitad; los mestizos de indios y africanos, como un quinto; los esclavos negros como cincuenta mil, y los españoles apenas un séptimo (8). No tenía por lo tanto

(7) Stevenson : « A historical and descriptive narrative of twenty year's residence in South America », t. III, p. 45 y 48.

(8) Según el virrey Gil Taboada y Lemos, el Perú tenía en 1791, una población censada de 1.076,122, la que en 1796 estimaba por cálculo en 1.300,000. (« Memorias de los virreyes del Perú », t. VI, p. 76-77 y docum. núm. 3 del Apénd.) Unanue en su « Guía Pol. del Perú » de 1793 á 1796, repite el dato del virrey Gil y Lemos. Calculando en treinta años un aumento tan sólo de un cuatro por ciento sobre 1.300,000, resulta más del millón y medio asignado para 1820. Si á esto se agrega el Alto Perú anexado á la sazón al virreinato, cuya población podría estimarse en 300 á 400 mil almas, resultará que tenía entonces cerca de dos millones, cuando las Provincias Unidas y Chile no alcanzaban á tener juntas ni un millón y doscientos mil habitantes. La división de razas apuntada en el texto, se funda principalmente en el censo del virrey Gil y Lemos, citado.

la cohesión de las dos repúblicas aliadas que en 1820 iban á llevarle la independencia, que los peruanos no podían alcanzar por sí solos, como lo reconoce un historiador nacional (9). El norte y el sud del Perú eran dos países completamente extraños el uno al otro, y que por la misma similitud de producciones no tenían intercambio, existiendo entre ambos un antagonismo que ha costado neutralizar aún muchos años después de fundada su nacionalidad. Agréguese á esto, que la sierra ó sea la parte montañosa del país y la zona de la costa, eran también dos regiones completamente diversas, sin vínculo que las uniese fuera del territorial, y que contrastaban en el orden físico y moral. El clima de la costa es enfermizo y árido salvo en los valles regados por los ríos que descienden de la cordillera. El clima de la sierra es salubre y rico en recursos de todo genero. Los hombres del litoral, eran poco aptos para los trabajos de la guerra. Por el contrario, los serranos mestizos, producto del consorcio del indio y del europeo, constituían el nervio militar del país, pues aunque en apariencia endebles y con poca energía individual, estaban dotados de una musculatura elástica, eran infatigables en las marchas á pie, con una tendencia á mantenerse agrupados en los peligros comunes, y por lo tanto un buen elemento para formar una excelente infantería, subordinada en el campamento, sobria en los trabajos de la guerra y compacta en el fuego.

La raza europea y criolla, estaba afincada en las ciudades de la costa y en los fértiles valles andinos. La raza indígena,

(9) Córdoba y Urrutía : « Las tres épocas del Perú », p. 148, t. II. « Doc. Lit. del Perú. » Col. Odriozola — He aquí las palabras textuales del historiador peruano : « Destruído el ejército español en los campos de Maipu, se proyectó expedicionar sobre el Perú : sus habitantes clamaban incesantes este socorro, para poder implantar la emancipación » del país, que por sí eran infructuosos sus esfuerzos. »

conquistada primero y domada después, estaba reducida á la condición de servidumbre, y ocupaba casi exclusivamente el territorio de la sierra. La raza mezclada, — mulatos, mestizos y negros criollos libertos, — constituía la plebe de las ciudades, que trabajaba para los privilegiados como jornaleros ó artesanos. El resto de la población la formaban negros de África esclavizados que cultivaban las haciendas de sus amos.

Un peruano, que en el año de 1820 á que hemos llegado, explicaba las causas que supeditaban la expansión del patriotismo de sus ciudadanos, decía: « La abundancia de castas » índica y etiópica, la dificultad que hay de reunir los sentimientos que pueden ser uniformes entre los americanos » blancos y los indios, por lo menos para combinar un plan » seguro y un sacudimiento general; la ignorancia misma á » que han sido reducidos los pueblos; y últimamente, las » fuerzas del terrorismo de que se han prevalido los españoles para subyugarnos; no se extrañará, pues, que el Perú » en medio de su abundante población y facilidad de recursos, » no haya podido ni pueda cooperar á la obra de la redención » americana, sin una fuerza (extraña) que apoyase sus movimientos » (10). Era, pues, una sociabilidad inorgánica, sin coherencia en sus partes componentes, cuyos movimientos revolucionarios tenían necesariamente que ser aislados, y por lo tanto débiles é inconsistentes como se verá por la reseña que de ellos haremos más adelante. Pero estos elementos, por lo mismo que estaban disgregados y no tenían unidad para la ofensiva, se hallaban dispuestos á ser pasivamente dominados bajo la disciplina de un poderoso centralismo militar y político como el que imperaba en la colonia. Esto

(10) Carta de don M. P. Felix Durán, de 4 de febrero de 1820 á don Tomás Guido. M. S. cit. por el historiador peruano Paz Soldán en « Perú Independiente », p. 27, que hace suya esta opinión.

explica cómo la reacción peruana contra la revolución americana en sus comienzos, pudo operarse con tanta eficacia, por su propia inercia como colectividad, y pudo prolongar la lucha en condiciones relativamente ventajosas, concurriendo á ello otras circunstancias que dieron por algún tiempo la preponderancia militar á los realistas.

Al tiempo de estallar en 1810 la revolución sud-americana, ocupaba el virreinato del Perú el general José de Abascal, hombre de edad proveya pero con notables talentos políticos y militares, dotado de un temple de alma en quien la prudencia se unía á la decisión y la perseverancia. Aislado en medio del continente insurreccionado, hizo frente á la tempestad, y convirtió al Perú en la ciudadela del poder colonial y centro de la reacción realista. Si la revolución hubiese podido ser vencida, él la habría vencido, pero hizo lo posible para retardar su triunfo. Reunió tesoros, organizó el virreinato para la resistencia y para la ofensiva, levantó ejércitos numerosos, sofocó al norte el levantamiento de Quito, ocupó militarmente las provincias del Alto Perú conteniendo el empuje de la revolución argentina; reconquistó á Chile, dominó el mar Pacífico, sofocó los conatos revolucionarios en su territorio apenas se hicieron sentir; mantuvo al país en obediencia, y al cabo de seis años de lucha y de trabajos sojuzgó todo el continente alzado con excepción de las Provincias Unidas y una parte de Venezuela. Si en 1817 San Martín no hubiese reconquistado á Chile, Abascal habría invadido las provincias argentinas por el norte y por el oeste con unos doce ó quince mil hombres; habría sostenido á Nueva Granada dándose la mano con Morillo, y contenido los progresos de Bolívar. La insurrección sud-americana, aún no siendo vencida en sus dos últimos focos lejanos, habría quedado aislada en ellos con peligro de consumirse por inanición, ó al menos sin esperanzas de vencer. Cuando la revolución atravesó los Andes y tomó á su vez la ofensiva, el

Perú colonial empezó á retroceder y á encerrarse dentro de sus montañas, pero manteniendo siempre en alto los pendones del rey de España.

Á la eficaz acción del virrey Abascal debióse la preponderancia militar del Perú, y los triunfos que coronaron las armas realistas desde 1810 á 1816. Pero hizo más que eso, y fué crear un partido de acción realista americano, que radicó la lucha en el territorio de las colonias insurreccionadas convirtiéndola en guerra civil, y alimentarla con los hombres y recursos del país, creando así en él un espíritu político y guerrero realista que opuso al espíritu de propaganda de los ejércitos de la insurrección. Sobre la base de las pocas tropas españolas con que contaba, organizó un ejército colonial de nueva creación, reclutado entre los habitantes de la sierra, cuyas singulares cualidades para la guerra supo aprovechar con suma habilidad, infundiéndoles el entusiasmo de su causa y la fidelidad á su bandera. Así comprometió al país en la resistencia, lo dominó, y venció á sus enemigos, manteniendo la guerra por el espacio de cuatro años con elementos puramente americanos. Reforzados más tarde estos ejércitos con tropas peninsulares, las armas realistas adquirieron mayor consistencia, pero los soldados indígenas constituyeron su núcleo por espacio de quince años, y llenaron constantemente sus claros. Mandados por generales peruanos en los primeros tiempos, dirigidos después por hábiles generales españoles probados en la guerra de la Península, esos ejércitos, bien que quebrantados en Chacabuco, Maipu y las fronteras argentinas del norte, eran en su terreno una verdadera fuerza nacional que sostenía una guerra política y de raza, y sólo podía destruirse atacándola en el suelo á que estaba adherida. Mientras tanto, era el Perú armado una esperanza para los realistas y una amenaza constante para toda la América, que obstaba al triunfo de la revolución dividiendo sus fuerzas continentales. Esto es lo que San Martín

comprendió desde el principio, al decir que mientras no se conquistase á Lima la guerra no finalizaría, y lo que le hizo insistir en la idea de llevarla al Perú con tanta convicción como perseverancia.

Al emprender San Martín su campaña por tantos años soñada, iba á encontrarse frente á frente de dos nuevos contendores, de los cuales uno sería eliminado por su acción indirecta, y el otro, vencido por los efectos ulteriores de su expedición. Abascal había abandonado la escena americana, cargado de años y de gloria, dejando ocupado el Alto Perú, reconquistado á Chile, triunfante la causa de su rey en Quito y dominado el Bajo Perú sólidamente militarizado. Reemplazado en el mando por el general Pezuela vencedor en Vilcapugio, Ayohuma y Sipe-Sipe, su sucesor continuaba la política que había practicado en la escuela del maestro, aunque no con su inteligencia y su éxito. Menos afortunado en sus empresas lejanas, había perdido á Chile y el dominio del mar Pacífico, y se hallaba amagado en su propio territorio por la revolución triunfante al sud y al norte, especialmente por el sud. Empero, mantenía en el Perú el poder militar creado por su antecesor, aunque debilitado por sus reveses y destemplado por otras causas que se explicarán á su tiempo. Este era el primer contendor con quien iba á medirse San Martín. El otro, era el teniente general José de La Serna, que en 1816 había llegado de España con un refuerzo de tropas, nombrado por el rey general en jefe del ejército del Alto Perú. Militar de buena escuela con ideas teóricas y larga experiencia de la guerra en África y Europa, dotado de un carácter moderado que lo hacía irresoluto en el mando, y profesando en política principios liberales, era La Serna un elemento nuevo introducido en el ejército realista del Perú, sobre el cual adquirió más tarde gran ascendiente, y que estaba destinado á inocularle un nuevo espíritu.